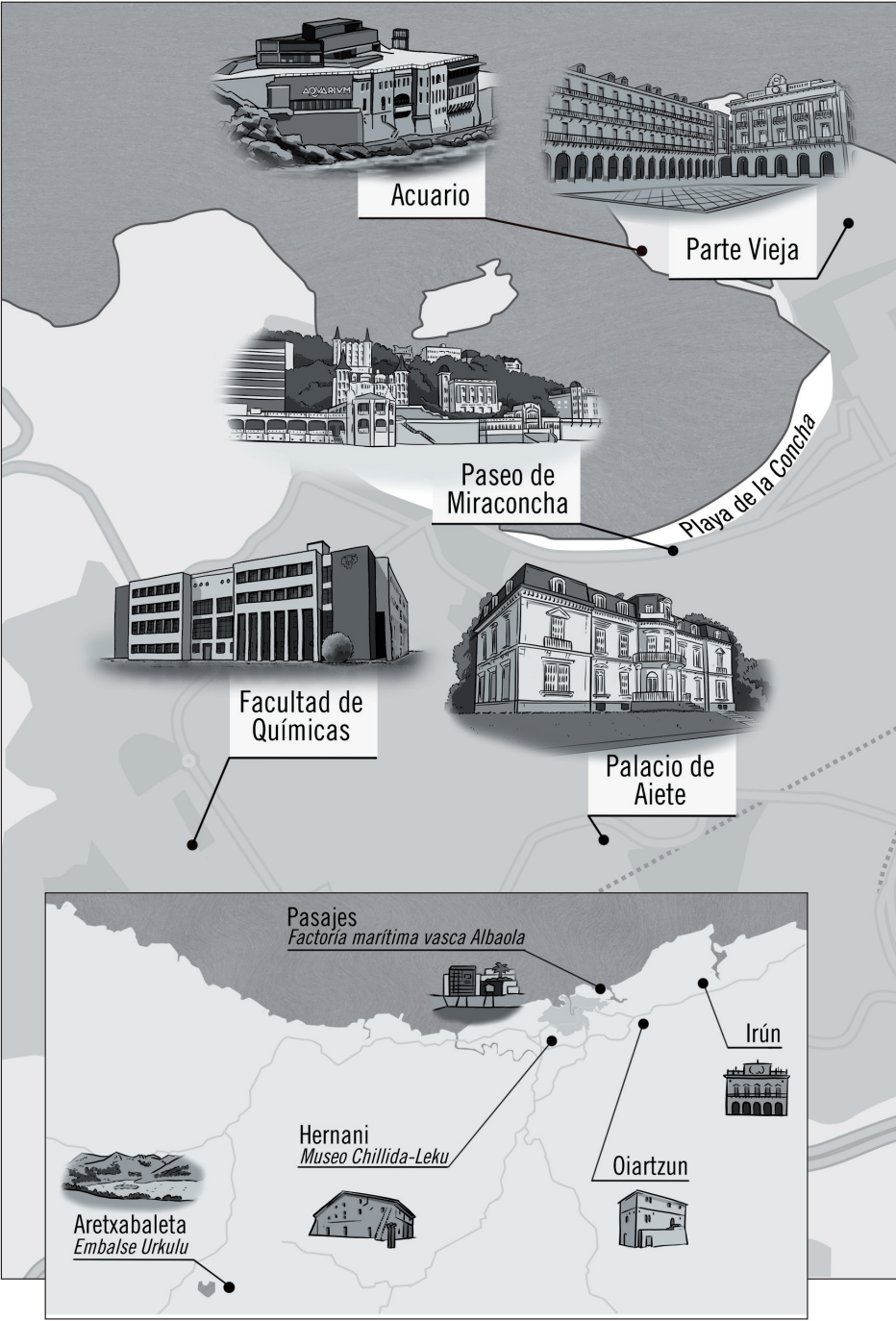


RICARDO ALÍA

**EL VUELO
DE LA
SERPIENTE**



MAEVA



Donostia San Sebastián



Cementerio
de Polloe



Plaza
de Oquendo



Catedral
del
Buen Pastor



Centro cultural
Koldo Mitxelena



Hospital
Universitario
Donostia

«Hubo un trueno y relámpago rojo, y luego una lluvia amarilla; un bosque de lanzas plateadas se alzó de pronto con alaridos de batalla y cayó en el agua siseando como cien serpientes enardecidas.»

El Señor de los Anillos
JRR Tolkien

«Escuchó un sordo zumbido transmitido por el viento, y temeroso de tropezar con una serpiente cascabel escrutó el suelo al internarse entre los achaparrados arbustos.»

El dragón rojo
Thomas Harris

«No desprecies a la serpiente por no tener cuernos, puede convertirse en dragón.»

Proverbio chino

Glosario

Abertzale: patriota, nacionalista.

Agur: adiós.

Aita: padre, papá.

Aitona: abuelo.

Ama: madre, mamá.

Arrantzale: pescador.

Bai: sí.

Barkatu: perdón.

Batzoki: sede o local de un partido nacionalista.

Betizu: vaca salvaje de raza pirenaica.

Bidegorri: carril bici (camino rojo).

Gaztetxe: centro o casa donde se reúnen los jóvenes para realizar diversas actividades, como fiestas, exposiciones, etc.

Goazen: vamos.

Kaixo: hola.

Kupela: barril.

Mesedez: por favor.

Segalari: segador.

Trikitixas: tipo de baile y pieza de música que se toca con el pandero y el acordeón diatónico.

Txakurra: perro; también policía en tono despectivo.

Txakurrada: grupos policiales en tono despectivo.

Txikitero: aficionado a recorrer bares de vino en vino.

Prólogo

San Sebastián

Viernes 16 de abril de 2010

Los faros de una furgoneta iluminaron la carretera sombría y desierta. La hora intempestiva y el insistente *txirimiri* intimidaban a los animales de la noche. Los edificios afrancesados del barrio de Amara estaban rodeados de oscuridad. El vehículo se detuvo junto a un contenedor de basura situado en el margen contrario del río. Dos individuos se bajaron de la parte delantera. Ambos llevaban un pasamontañas de lana que les ocultaba el rostro. El conductor abrió las dos puertas traseras de la furgoneta mientras el copiloto buscaba entre la negrura algún rastro de vida humana. No vio a nadie en las aceras, iluminadas débilmente por el resplandor amarillento de las farolas; en las ventanas de los edificios cercanos apenas atisbó las luces de algún noctámbulo o amante de la noche. No había riesgo. Y si alguien los veía, tampoco supondría mayor inconveniente, miraría hacia otro lado o saldría corriendo para no meterse en problemas, convencido de que eran unos jóvenes de la *kale borroka* a punto de quemar un contenedor. Quizá el único peligro era que alguien se fijara en las pegatinas de las puertas de la furgoneta de reparto. Aquello los incriminaba directamente y conduciría a la Policía hasta su madriguera.

El conductor sacó un bastón de madera del interior del vehículo y se dirigió al contenedor. Lo abrió y situó el bastón en un extremo, en diagonal, de tal manera que mantuviese abierta la tapa. El camión de la basura había pasado hacía unas horas y

solo había unas pocas bolsas en el fondo. Al volver a la furgoneta su voz rompió el silencio reinante.

–Venga, ayúdame.

–Tranquilo, la noche es perfecta –replicó el otro, y levantó la cabeza hacia un cielo donde la polución apenas dejaba ver las estrellas. Abrió la boca y agradeció el agua fría de la lluvia en la lengua. Le dieron ganas de aullar.

–*Goazen*, yo no estoy tranquilo.

–Tú siempre tan miedoso. –Lo miró con acritud–. No te preocupes más...

Hasta que el conductor no agachó la cabeza, el copiloto no le ayudó a tirar del cuerpo envuelto en una sábana oscura que descansaba tumbado en el amplio maletero.

–Qué poco pesa –dijo el conductor, recobrando la compostura.

–¿Te extraña? Con la mierda que cocinas...

–Si quieres haz tú de cocinero, y echas una mano de vez en cuando.

El conductor sujetaba el cuerpo por las piernas y el otro por los hombros. Subieron a la acera y se aproximaron al contenedor. Las gotas de lluvia repiqueteaban sobre la sábana, parecía que el cuerpo del interior recobrarla la vida.

–A la de tres –anunció el acompañante al llegar junto al contenedor–. Una. –Zarandearon la sábana como si fuese una hamaca–. Dos. –El conductor tensó los músculos de los antebrazos–. Tres.

El cuerpo desnudo cayó como si fuese un saco de patatas, con un golpe sordo y amortiguado por las bolsas de basura. El conductor comenzó a recoger la sábana. El otro individuo asomó la cabeza dentro del contenedor. Se topó con un olor nauseabundo. Maldijo a los del servicio de limpieza del ayuntamiento antes de reparar en la posición del cuerpo. Había caído boca-riba, la cabeza ladeada hacia el exterior. Se tropezó con los ojos inertes de la chica. Se retiró; una mueca de placer se perfiló bajo el pasamontañas. El conductor quitó el bastón y rompió la magia del momento.

—Ahuequemos el ala —dijo mientras guardaba el palo y la sábana en la furgoneta. Después cerró las puertas y se subió. Tamborileó impaciente con los dedos en el volante.

Su acompañante miró de nuevo al cielo y a la lluvia con los brazos abiertos. Se desprendió del pasamontañas. Le relajaba sentir el roce del agua en la piel.

El conductor bajó la ventanilla.

—Venga, *mesedez*, se nos hace tarde.

El copiloto le hizo una seña con la mano: era su furgoneta y le apetecía conducir a la vuelta. El conductor pasó al asiento de al lado de mala gana. El otro se puso en movimiento con parsimonia, por el camino más largo, dirigiéndose hacia la parte trasera. Comprobó que las dos puertas estuviesen bien cerradas antes de subirse. En el tiempo que le llevó rodear el vehículo no paró de canturrear *Sorgina pirulina*.

CHILLIDA-LEKU

San Sebastián

Lunes 27 de mayo de 2013

Erika López siempre pensaba que al final no habría cadáver, por más que la llamada al número de emergencias no ofreciera ninguna duda. Siempre tenía la esperanza de que fuera un error, algún gracioso con ganas de molestar o un cuerpo desconocido inconsciente que, en la confusión del momento, propiciaba una llamada de socorro. Sin embargo, todas las llamadas se filtraban, pasaban por diferentes oídos, así que cuando llegaban a la central de la Ertzaintza y acababan en un agente, sabía que la probabilidad de encontrar un muerto era elevada.

Cuando se acercaba al caserío y vio la unidad de la Policía Científica y a lo lejos a varios agentes ataviados con buzos asépticos, escaarpines en los zapatos, guantes de látex y mascarillas de papel, supo que la probabilidad se había convertido en certeza. Se bajó del coche y saludó al par de agentes de la Ertzaintza apostados en la entrada. Su figura escuálida se adentró en el jardín siguiendo el camino de gravilla. Le agradaba el olor del campo húmedo por la mañana, el verdor de los bosques y la ligera niebla que se levantaba a lo lejos y ocultaba parte del horizonte. Se encontró con varias esculturas a ambos lados del camino, pero solo una le hizo sonreír. Evocó el rostro de Lucía asomando entre el hueco de aquella escultura de piedra. Visitaron el Museo Chillida-Leku al mes de conocerse, aprovechando un pase especial, y disfrutaron de una tarde inolvidable. Después comenzaron a salir de manera formal, y se prometieron fidelidad. Exhaló un hondo suspiro y negó con la cabeza mientras caminaba hacia

la cinta policial que delimitaba la enorme escultura que se divisaba a lo lejos. Le daba pena que el museo hubiera cerrado tres años atrás, debido a la crisis económica. Ninguna institución vasca, ni la Diputación de Guipúzcoa, ni la incompetente consejera de Cultura, ni siquiera el alcalde de San Sebastián, habían hecho nada por impedir el cierre. Si se llevase mejor con su *aita*, tal vez le hubiese pedido una donación anónima para que el museo pudiera reabrirse.

Al llegar a la escultura siguió con la mirada las dos grandes planchas de acero que se mostraban como dos manos abiertas hacia el cielo plomizo de la mañana. No tardaría en volver a llover. Los tres agentes de los buzos no paraban de sacar fotos y tomar muestras mientras que otro agente, pecoso y rubio y con traje oscuro, permanecía apartado detrás de la cinta policial observando el quehacer de sus compañeros. O'Neill la miró con indiferencia. El irlandés era orgulloso y cabezón, y no olvidaba sus diferencias personales.

—¿Vienes sola? —le preguntó Joshua.

—*Bai* —afirmó Erika.

—¿Y el inspector?

—Tenía que dejar a Cristina en el médico. Dijo que vendría luego.

—Seguro que se pierde... Bueno, todo tuyo —dijo Joshua, mostrándole con las manos la escultura.

Erika se apretó la coleta y se agachó para pasar por debajo de la cinta. En dos pasos se situó frente al hueco interior de la escultura. El cuerpo desnudo de un hombre joven se apoyaba en una de las planchas sobre su lado derecho. Con la cabeza ladeada y el pelo largo —mojado y echado hacia atrás—, miraba a la oficial con los ojos abiertos. Si no fuese porque la barba era de pocos días y no estaba lo suficientemente poblada, habría pensado en un Cristo. Alrededor no había ropa ni ningún objeto personal, como si una nave espacial hubiese depositado el cuerpo desde el cielo.

—Si te fijas bien, presenta un agujero de bala en la sien derecha —dijo Joshua.

—¿Quién será el psicópata capaz de semejante atrocidad? —preguntó ella.

—Citando a Napoleón: «El mundo sufre mucho, no por la violencia de las personas sino por el silencio de los demás».

—No empieces con tus generales.

—Tranquila, hoy no tengo ganas de pelear contigo...

—Mejor.

—No hemos encontrado ni una maldita pista, la lluvia de anoche se llevó todo rastro, pero ¿has visto el tatuaje?

Erika descubrió el tatuaje de una gárgola en el brazo izquierdo.

—¿Te suena? —insistió Joshua.

La oficial miró con más atención el rostro del joven.

—Mierda —dijo. Y tanto que le sonaba.

La llamada le hizo abandonar el libro decimonónico que estaba leyendo. Las llamadas a primera hora de la mañana, y al teléfono personal, lo ponían nervioso. Casi nadie tenía el número de su casa, y los pocos que lo tenían nunca lo empleaban para comunicar buenas noticias. Observó con pesar la formidable biblioteca que lucía ante sus ojos. Solo para mí, se dijo. Nadie a quien legar su saber. Alcanzó el teléfono inalámbrico de la mesilla sin levantarse del sillón. La leña de la chimenea crepitaba en la estancia repleta de libros.

—Han encontrado al desaparecido —anunció una voz familiar por el auricular. Destilaba gravedad, pero a la vez la tranquilidad que daban los años consumidos y las múltiples llamadas realizadas.

—¿Y por qué me lo dices por teléfono? Hace mucho tiempo que no me visitas, ¿tienes miedo de que nos vean juntos?

A punto estuvo de añadir «Xabier», pero recordó las reglas. Nada de nombres por teléfono.

—La línea es segura, ¿no?, y estoy de viaje, no volveré hasta dentro de un par de días —mintió. En realidad había vuelto ese

mismo día—. Ya sabes, siempre hay asuntos de los que uno debe encargarse en persona.

—¿Vive?

El silencio al otro lado fue sumamente elocuente.

—Entiendo. ¿Nos salpicará?

—Puede.

—Pero nosotros no tuvimos nada que ver, ¿cierto?

—Cierto, pero eso explícaselo a tu hija.

—Ni la menciones.

—Habla con ella, hazle saber que no cruce la línea, si no, nos comprometerá a todos, ella incluida.

—No me hace caso.

—Pues ahora sí debería.

Eneko calló y tras un silencio prolongado pulsó el botón de colgar. Se removió inquieto en el sillón. Todo le parecía irreal. Tanto libro a su disposición, tanto conocimiento descrito en palabras, tanta historia a su alcance, y de nada le serviría si aquel sujeto enfermizo decidía actuar contra su hija. Echó de menos los tiempos antiguos cuando al portador de malas noticias se le lapidaba.

Cuando el inspector Max Medina aparcó el viejo Ford Mustang Cobra GT a la entrada de la verja de madera, supo que una vez más llegaba tarde. Hasta la berlina de Erika estaba entre los coches del aparcamiento. Por el camino de gravilla se fijó en el robusto caserío de piedra que se alzaba a su derecha y retrocedió un año, cuando hallaron el cadáver de una mujer en aquel caserío perdido de Oiartzun. El caso del Asesino de Químicas aún coleaba en su mente.

A lo lejos vislumbró las dos figuras de los agentes en quienes más confiaba. Un *txirimiri* molesto le empapaba el cabello, corto y moreno, y caía a goterones sobre los hombros de su gabardina, con lo que apretó el paso mientras gruñía un expresivo «estúpido calabobos». Antes de llegar donde estaban los agentes, tuvo tiempo de encender uno de sus finos puros y darle un par de caladas.

–*Kaixo*, Max –le saludó Joshua con una amplia sonrisa–.
¿Problemas para encontrarlo?

–¿Qué coño es este lugar? –respondió Max.

–Un museo, inspector –dijo Erika.

–¿Un puto museo en medio del bosque?

–En efecto –confirmó Joshua–. Aunque sería más apropiado decir que fue un museo. Estuvo abierto al público durante diez años, hasta 2010.

–Las esculturas me recuerdan al Peine del Viento –dijo Max, y se preguntó qué le habría dicho el ginecólogo a Cristina. Últimamente pasaba somnolienta buena parte del día, tenía hambre a todas horas y los pechos se le habían hinchado hasta dolerle.

–Claro –dijo Joshua–. El escultor es el mismo. Al parecer, Chillida descubrió este antiguo caserío del siglo dieciséis en ruinas y lo remodeló, convirtió su interior de dos plantas en un espacio cultural y llenó de esculturas los jardines y los bosques que lo rodean.

–Y si está cerrado, ¿quién encontró el cuerpo?

–La llamada al número de emergencias la efectuó una profesora de la Universidad del País Vasco, pero el cuerpo lo encontraron unos estudiantes que habían salido a echar un cigarrillo. El caserío Zabalaga abre para los estudiosos de la obra de Chillida, y los chicos de la universidad trabajaban en un proyecto de fin de carrera.

–¿Y qué tenemos aquí? –preguntó Max, saturado ya de información que no consideraba vital. Tres jóvenes habían desaparecido de su casa en el último mes y esperaba que el cuerpo hallado fuese el de uno de ellos. Por más que eso significase una muerte, siempre era mejor dos desaparecidos y un muerto que tres desaparecidos y un muerto.

–*Buscando la luz* –informó Joshua–. La mayor escultura del museo. Casi diez metros de altura.

–No me jodas, Joshua. Ya sabes a lo que me refiero.

Ambos agentes callaron mientras Max daba una serie de caladas rápidas al purito. Estaban solos frente a un lateral de la

escultura. El resto de los agentes de la Científica aguardaban dentro de la furgoneta a que O'Neill terminase de explicar los pormenores del hallazgo al inspector. Faltaban por llegar el juez Castillo, que como siempre se hacía de rogar y esperaba que cuando se personase en el lugar de los hechos el inspector Medina ya no estuviese, y el comisario Alex Pérez, a quien no habían localizado.

—Vamos, no será tan dramático.

Max arrojó el puro al camino de gravilla, dentro de un charco. Se adentró en el césped húmedo. La escultura que se erigía hacia al cielo estaba colocada a solo un par de metros del camino pero enseguida notó el barro en los zapatos. Cruzó la cinta policial. Se asomó al interior de la escultura. No tardó en reconocer el cuerpo del joven que lo miraba con expresión vacía. Un muerto y dos desaparecidos.

—Por lo menos no le han arrancado los ojos —murmuró.

Al pasar con el coche junto al niño aminoró la marcha, se arrió al arcén y paró unos metros más adelante. Observó por el espejo retrovisor cómo el crío se acercaba al vehículo sin apenas levantar la vista. Acarreaba por un asa una antigua lechera de aluminio y caminaba ladeado por el peso. Al llegar a su altura, siguió por el hueco que quedaba entre el coche y la valla que delimitaba los terrenos del valle frondoso y verde, plagado de árboles y vacas, que se abría a ambos lados de la carretera. Igor Salaberria se asomó por la ventanilla y lo llamó. Contó ocho pasos de niño, cinco de adulto. El niño se giró y lo miró extraño.

—Tranquilo —dijo Igor saliendo del coche—. No tengas miedo.

De pie en el arcén, el niño vio la manga de la chaqueta que colgaba flácida del brazo izquierdo y el parche negro que le ocultaba el ojo izquierdo, ceñido por una fina goma elástica negra que le cruzaba en diagonal la frente y se ajustaba por encima de la nuca.

—Ya sé que te han dicho que no hables con extraños, pero un tullido como yo no puede hacerte daño.

El crío continuó callado. Tenía el pelo castaño, con una forma como si le hubiesen puesto una cazuela en la cabeza y recortado todo el cabello que sobresaliese. Depositó la lechera en el suelo y se irguió. Igor se atusó su poblada barba negra.

—Verás, estoy un poco perdido. Busco un caserío, caserío Etxekapare. No sabrás de alguien por los alrededores que pueda indicarme la dirección...

La criatura negó con la cabeza, le dio la espalda, asió la lechera y prosiguió su camino. No tendría más de diez años pero hizo a Igor bufar de rabia.

—Hay que joderse...

Se introdujo en el coche y con un derrape se incorporó a la carretera solitaria. Al pasar junto al niño tuvo un impulso de girar el pomo del volante hacia la derecha y estampar el cuerpo del mocoso contra la valla. No obstante, pasó muy cerca y se conformó con hacerle tragar un poco de polvo. Vio cómo su pequeña figura desaparecía por el espejo retrovisor y una sonrisa lobuna asomó en su rostro. Tras un par de kilómetros de curvas serpenteantes, divisó un sendero a la derecha que se internaba en el valle. Conocía Oiartzun como la palma de la mano pero Hernani le era tan desconocido como Londres. Por eso había salido con tiempo, aparte de que le gustaba llegar el primero a los sitios y evaluar el terreno. Una virtud profesional que conservaba intacta. Tenía por costumbre utilizar el transporte público y pocas veces alquilaba un coche adaptado. Llamaba demasiado la atención ver salir o entrar a un manco de un coche; conducir, no tanto, puesto que mucha gente tenía dos manos pero solo usaba una y con la otra fumaba, manipulaba la radio, la asomaba por la ventanilla... El mundo de la conducción se había adaptado tanto a los discapacitados —en el volante aceleradores automáticos y electrónicos y frenos a un lado, controles de luces e intermitentes, inversores de pedales— que el eslogan de la compañía de alquiler era: «Todo el mundo tiene derecho a conducir». A él le bastaba y le sobraba con un pomo especial

fijado al volante, un cambio de marchas automático y un mando único que agrupara todos los controles básicos. Había quedado con el viejo en un lugar tan apartado que no llegaba el transporte público, un taxi dejaba un rastro fácil de seguir, así que alquilar un coche con una de sus identidades falsas resultaba la opción menos problemática. No era la primera vez que lo hacía y siempre le había funcionado bien. También era agradable recuperar las viejas sensaciones de ponerse al volante y pisar el acelerador.

A pesar de que el cartel de la entrada indicaba Caserío Barenetxea, giró el pomo del volante y tomó el camino a escasa velocidad. El sendero estaba sin asfaltar y lleno de socavones. Aparcó cerca de la entrada pero sin llegar a acercarse lo suficiente para que alguien oyera el motor. Se apeó y se dirigió con sigilo hacia la puerta del caserío. Era una casona pequeña, de paredes blancas y tejado rojo en perfecta armonía con el verde del paisaje, carente de balcones pero con amplias ventanas, daba la sensación de que había vivido tiempos mejores. Ladró un perro, pero no le salió al paso, con lo cual supuso que estaba atado. Empujó con suavidad la puerta de madera, que se abrió de par en par. Los caseros siempre tan confiados. La entrada era amplia, de paredes desnudas y blancas, con un par de vigas de madera en el techo. Oía a pan recién horneado. Se dirigió hacia aquel olor delicioso que impregnaba la casa. Se topó con una mujer de espaldas, agachada frente a una antigua cocina de carbón. Cincuenta y dos pasos desde su coche hasta la cocina. Carraspeó para delatar su presencia.

—*Oier, utzi esne potea mahaian eta joan zaitetz txakurrari zer gertatzen zaion ikustera** —dijo la mujer con un fuerte acento vasco.

—No soy Oier —se anunció Igor con una sonrisa de oreja a oreja.

La mujer se dio la vuelta y del susto dejó caer al suelo una bandeja de magdalenas.

* Oier, deja el bote de leche en la mesa y vete a ver qué le sucede al perro.

—*Nor zara zu?**

—Es de mala educación responder en otro idioma, sobre todo a los invitados.

—¿Quién eres? —repitió ella mientras se frotaba las manos impregnadas de harina contra el delantal.

—Te he entendido perfectamente a la primera, solo que me gusta hablar en castellano. Digamos que el euskera me trae recuerdos de épocas pasadas, cuando era otro...

Igor calculó que sería un poco mayor que él, de unos cuarenta y pocos, y sin ser hermosa no resultaba en absoluto fea. Tenía los ojos castaños, al igual que el pelo, encrespado y recogido en un moño. Le bastaba para un trabajito rápido.

Mientras ambos se medían con la mirada, el ruido de unas rápidas pisadas en el camino de entrada se coló por la puerta abierta hasta llegar a la cocina.

—Vaya —dijo Igor—, tenemos visita.

El niño entró en el caserío gritando *ama*. Al ver al pirata frente a ella se quedó quieto bajo el dintel, con la lechera chorreando leche sobre el suelo de cemento.

—Oier, deja la leche y vete a dar de comer a las gallinas —le ordenó Igor, y se abrió un poco la chaqueta, lo suficiente para que su madre viese la pistola, una Remington calibre 9 milímetros Parabellum que asomaba entre el pantalón y la camisa.

—*Egin esaten dizutena, Oier.***

Cuando el niño salió corriendo, Igor se acercó dos pasos a la mujer, quien reparó por primera vez en la falta de su antebrazo izquierdo.

—Secuelas de la guerra. —Sacó la pistola. No había visto rastro de ropas de hombre ni bártulos de labranza en la entrada, y aunque era posible que el hombre de la casa pudiese estar trabajando en el campo, su instinto le decía que vivía sola con el hijo, y su instinto rara vez le fallaba—. Pero con una mano me basta y me sobra.

* ¿Quién eres tú?

** Haz lo que te dicen, Oier.

Ella intentó alejarse de él pero trastabilló con la bandeja del suelo y su cuerpo chocó con la encimera de mármol.

—¿Adónde vas, gatita? —Igor acercó el cañón de la Remington al escote de la mujer. Debajo del delantal, y del vestido, se intuían unos pechos poderosos. El principio de una sonrisa volvió a formarse en su cara, en la comisura de los labios. Con el cañón abrió el escote y su único ojo se asomó al interior—. No sé por cuál empezar. —Pasó el cañón de un pecho a otro como si estuviese echándolos a suertes—. ¿Cuál me dará mejor leche?

Sonó un móvil. Igor se apartó de la mujer, guardó la pistola y sacó el móvil de la chaqueta.

—Lástima que no pueda hacer dos cosas a la vez —dijo.

Atendió la llamada, respondió con un par de monosílabos y cortó la comunicación.

—El viejo, siempre tan inoportuno. Tengo que irme. Busco el caserío Etxekapare. ¿Sabes dónde está?

La mujer tardó unos segundos en reaccionar. Se subió el delantal y dio gracias a Dios por la suerte que había tenido.

—El caserío —insistió Igor.

—*Bai, argibeak jarraitu...**

—En euskera no.

—*Barkatu*, está cerca del Museo Chillida-Leku.

—Sí, ya sé qué museo es, hay carteles por todas partes indicando cómo ir.

—Pues es pasar el museo *eta hartu lehenengoa*** a la izquierda.

La mujer se frotó una vez más las manos contra el delantal.

—Gracias —dijo Igor, e hizo una reverencia—. Yo nunca he estado aquí. —Y antes de salir de la cocina añadió—: Tienes un hijo precioso, cuídalo, hay mucho indeseable suelto.

La luz de la tarde languidecía. A esa hora, el cementerio de Polloe tenía pocos visitantes.

* Sí, sigue las instrucciones.

** Y toma la primera.

—¿No puedes ser más siniestro?

Una delgada figura surgió desde las sombras de unos chopos y se mostró ante la débil luz de una farola.

—Además, aquí arriba hace un frío que pela —protestó la joven e introdujo las manos en el largo abrigo—. Echo de menos mi melena.

—Te queda bien el pelo moreno, te lo dije, el rubio no te favorecía.

—Al diablo el pelo y tu sarcasmo, ¿qué tienes que ver con los desaparecidos?

—Nada, no sé de qué me hablas.

—Donosti es una ciudad lo suficientemente pequeña como para que desaparezcan tres jóvenes y tú no sepas nada.

—Te he dicho que nada, aparte de que ya son dos los desaparecidos, al chico lo han encontrado hoy.

Una señal de abatimiento y tristeza cruzó por el rostro de la chica.

—¿Lo mataste?

—¿Galder?, te prometí que no le tocaría un pelo, y eso hice.

—Vete al cuerno, nunca cumples tus promesas, no soy ninguna mojjigata.

—¡Qué sabrás tú!

Xabier Andetxaga encendió un pitillo. No estaba de humor para soportar a una cría. Un viento húmedo atravesó el campo-santo. Iba a llover. Se llevó la mano a la espalda, la hernia de disco volvía a molestarle. El viaje desde Alemania había sido pesado y largo, sus huesos ya no aguantaban esos viajes en coche por más que fuese una berlina con asientos de cuero y conductor. Y ni siquiera había podido matar el tiempo con un buen libro, su mente no paraba de dar vueltas a los problemas que se le venían encima.

—Eres un cabrón. Galder era intocable.

—Te repito que nosotros no tuvimos nada que ver.

Ella le sostuvo la mirada. Sus ojos pugnaban por no llorar. Se mordió el labio inferior para contenerse.

—Entonces, ¿quién fue?

Xabier dio un par de caladas al cigarrillo.

–Eso nos toca averiguar.

–Pues cuando lo averigües, acuérdate de mí. Por una vez, trabajaré gratis.

–Eso no es bueno, recuerda que el trabajo no debe mezclarse con la vida privada.

La joven negó con la cabeza, displicente.

–No es de tu incumbencia lo que yo haga o deje de hacer.

«No, claro, que no –pensó Xabier–, siempre que a mi no me salpique.»

–Tengo trabajo para ti.

–No más relaciones.

–Eso lo dejo a tu elección. Pero no, no es ningún chico, aunque en tu caso no sé si es una buena noticia. –Río para sí por la ocurrencia.

–¿De quién se trata?

–De tu amiga, la oficial.

–¿Vuelve a ser un objetivo? Porque me encantaría...

–Nada de actuar, solo vigilancia. Pasarás un informe cada día con sus movimientos. No la pierdas de vista. ¿Algún problema?

–¿Lo dices por Lucía?

–Sigues enamorada.

–Nunca estuve enamorada. Deberías saberlo. La dejé por ti, por la organización...

–Sí, por ascender. La Brigada lo es todo para mí, bla, bla, bla... Ya me sé la historia, ahórrate la palabrería.

Miró su reloj de pulsera. Aún disponía de tiempo para llegar al caserío, pero no le gustaba viajar de noche y con lluvia por aquellas carreteras tan desiertas. Sería mejor que saliese cuanto antes. Ya lo esperaban.

–Eres un cerdo, no sé cómo llegué a sentir cierto aprecio por ti.

–¿Tú? ¿Aprecio? No me hagas reír, no sientes aprecio ni por ti misma.

–¿Sigues repartiendo brebajes entre los psicópatas que contratas? –preguntó ella, fijándose en el cilindro metálico que asomaba del bolsillo del abrigo de Xabier.

—Toda previsión es poca. —Ocultó el cilindro.

La joven se dio la vuelta e inició el camino a la salida del cementerio, sin mirar atrás y sin hacer ademán de despedirse, sintiendo en su espalda los ojos del viejo.

Por la ventana de la habitación de invitados, Max contemplaba cómo las gotas de lluvia golpeaban el cristal. Entre los regueros que se desplazaban por la ventana se vislumbraba una imagen borrosa de la aguja de la catedral del Buen Pastor. Le gustaba aquella vista y aquella habitación, por más que significara el truncamiento de la vida anterior de Cristina. Seguro que también allí su ex le había pegado y forzado. El muy cerdo se había mudado a Galdakao aprovechando una suplencia en su mediocre trabajo de funcionario de Correos. Tal vez uno de estos días hiciese una llamada a sus amigos bilbaínos de la comisaría de Deusto.

—¿En qué piensas? —le preguntó Cristina, abrazándolo por la espalda.

—En que la habitación es pequeña —mintió Max.

—Los bebés son pequeños —respondió ella.

Max se deshizo del abrazo y recorrió la estancia con la mirada. Como una sala de observación, estuvo tentado de añadir.

—Quizá tengas razón —reconoció—. Un cambiador por acá, la cunita por allá, el armario al fondo..., todos esos cachivaches que necesitan los bebés.

—Sí —dijo entusiasmada Cristina batiendo palmas—. Y todo pintado de azul celeste.

—Es verdad que habrá que cambiar este horrendo papel, pero es pronto para tomar decisiones, hasta los tres meses no sabremos si...

—Es un niño, lo presiento. Será policía, como su padre, y de los buenos.

Max le puso una mano en el vientre. Aún no tenía barriga de embarazada, pero el rostro iluminado de felicidad no engañaba. Iban a ser padres. ¿Quién lo hubiese imaginado? Hace un año perseguía a un asesino en serie y ahora estaba a unos meses de ser padre.

—Aunque en mi piso estaríamos más cómodos...

—Ni hablar, ya lo hemos discutido. No hay televisión, solo una cama, y además en ese *loft* hará un frío que pela en enero. No querrás que tu hijo se constipe en las primeras semanas. Si quieres vivir conmigo, no hay ningún problema, trae tus bártulos aquí, hay sitio de sobra para los dos.

—Lo decía por tu seguridad.

—¿Dónde voy a estar más segura que en mi propia casa?

Max asintió con la cabeza. Joshua tenía razón, con las mujeres no se podía discutir, lo mejor era una retirada a tiempo. No le había dicho nada sobre el hallazgo del cuerpo de Galder, seguro que ni siquiera se había enterado de su desaparición. La universidad albergaba a suficientes alumnos como para echar de menos a uno, y además no era extraño que un estudiante faltase unos días a clase. Tendría que hablar con el comisario para intentar silenciar un día más la identidad del cadáver, no era bueno para la Facultad de Químicas revivir el trauma del año anterior. Tal vez aguantasen unos días a la prensa, lo justo para que pudiese tomar una determinación, aunque lo que tenía claro es que no le hacía ninguna gracia que Cristina fuese a trabajar al decanato en su estado, y menos que durmiese sola en su pisito de divorciada.

—Te dejo descansar, se hace tarde, mañana temprano tengo que ir al laboratorio forense. Pasaré a verte después de comer.

—Vale, si ya te quieres ir, tan pronto, y lloviendo...

Cristina comenzó a jugar con un mechón de su cabello oscuro y ondulado. Miró a Max implorando un beso, y quién sabe si algo más.

—Sí, se hace tarde —dijo Max mientras la cogía por la cintura y la besaba. Estaba cansado y al día siguiente tenía la agenda completa. La *pistolita*, como ella llamaba a su miembro, no tenía ganas de juerga.

—Está bien... Estaré en la facultad, pásate sobre las cuatro y tomamos un café en el bar.

—¿No es malo para el bebé?

–¿El café? No exageres, ya habrá tiempo de eliminar toxinas, y tiempo para los antojos. No querrás que nuestro marinerito salga con una mancha en la frente. Igual que el militar ese de Mutriku, ¿cómo se llamaba?, ¿Murruca?

–Churruca.

–Ese...

–No tenía ninguna mancha en la frente.

–El que se enfrentó solito a cinco navíos ingleses en la batalla de Trafalgar.

–A seis.

–Pues mejor me lo pones.

Ambos rieron. Max se dirigió hacia la puerta.

–Entonces, en el bar de la facultad –dijo Max pensando en voz alta–. Hace tiempo que no entro.

–No ha cambiado mucho, más bien nada.

–El problema no son los cambios sino lo que despierta en mí, me produce sentimientos contradictorios.

–Hay que pasar página –dijo ella mientras volvía a abrazar al padre de su futuro bebé. Se puso de puntillas para paliar la diferencia de altura y le dio un beso prolongado en los labios. Notó que la *pistolita* cobraba vida.

–Parece que alguien quiere quedarse –dijo Max con una amplia sonrisa bajando la vista hacia su cintura.

Martes 28

Con el olor a salitre invadiéndole las fosas nasales y el viento azotando su cabeza, intentó apartarse el poco cabello que le tapaba el rostro en un acto reflejo más propio de cuando llevaba melena. La motora brincó en el agitado mar Cantábrico. Solo serían diez minutos, el tiempo que separaba por mar Hendaya de Hondarribia, pero a buen seguro que se le harían eternos. No le gustaba navegar, no se sentía a salvo sobre una superficie que se movía, se le revolvía el estómago y le daban náuseas y ganas de vomitar el desayuno por la borda; sin embargo, apretó los dientes e hizo de tripas corazón. Eran pocos los que coincidían con ella en la travesía y no parecía que a ninguno le indispusiese el paseo en barca: parecía que estaban muy lejos, pensando en qué harían cuando arribasen a Hondarribia. Existencias monótonas, carentes de riesgo, y también de ambición. Muchas personas en el mundo se dedicaban a vivir de pasada, sin dejar un triste recuerdo. Para ella, la vida resultaba diferente, si hacía falta, dejaría su huella a costa de sangre, sudor y lágrimas. Miró una vez más de soslayo a la oficial de la Ertzaintza que tanto odiaba. No sabía qué veía su ex en aquella mujer esquelética, tal vez más adelante, cuando Xabier le diese «vía libre», se lo mostrase, o tal vez optase por una solución más drástica: muchos se caían por la borda y eran engullidos por las aguas profundas y frías del Cantábrico, y lo que era mejor, los cuerpos nunca aparecían. El mar no soltaba a sus muertos.

Max hizo amago de coger un escalpelo pero en el último momento desistió.

—No te prives —dijo Arkaitz.

—Siempre hay una primera vez —añadió Kepa.

El inspector no pudo menos que sonreír. Bostezó. La noche en casa de Cristina había sido movidita. Comenzó a pasearse por la sala. Aquel maldito olor a alcanfor persistía en el ambiente. O tal vez eran imaginaciones suyas. ¿A nadie salvo a él le molestaba?

—A los niños mayas los iniciaban en los rituales del sacrificio desde temprana edad —afirmó Arkaitz.

—Entonces una herida de bala, de derecha a izquierda, en plena sien, simulando un suicidio —dijo Max, deseoso de acabar cuanto antes y salir a tomar aire fresco y fumarse un purito.

—Eso es, solo un orificio de entrada, y otro de salida por la región occipital izquierda del cráneo —respondió Kepa.

Los gemelos ya limpiaban el instrumental empleado en la autopsia del cuerpo de Galder.

—He oído que vas a ser padre —dijo Arkaitz.

—Vaya, las noticias vuelan —replicó Max.

—Enhorabuena —le felicitó Kepa.

«Padre y soltero», pensó Max. En verdad no lo había hablado con Cristina, ella ni siquiera se lo había insinuado. Mejor así, entre los dos no reunirían ni a un puñado de invitados. Depriamente. No sabía si había sido bautizada de pequeña, si había hecho la comunión, pero él ni esposado pasaría por un altar para casarse, como mucho una boda civil, rápida y sin dolor, un sábado cualquiera de un mes cualquiera en un ayuntamiento cualquiera.

—¿Qué más? —inquirió Max, ahuyentando los pensamientos matrimoniales.

—El tatuaje del brazo es de los buenos. Se lo hizo años atrás, así que dudo que tenga algo que ver con su muerte, por mucho que las gárgolas nos lleven a pensar en bestiarios y tormentos del infierno —respondió Arkaitz.

Max se fijó en la piel blanquecina de Galder. Bajo la luz de la lámpara cialítica, que no proyectaba sombras, parecía un alienígena.

—¿Agresiones sexuales?

—Ya lo valoramos, pero negativo —contestó Kepa.

—Ningún resto biológico —afirmó Arkaitz.

—El estómago nos indica que el último día de vida estuvo en ayunas —dijo Kepa.

—Sin embargo, no presenta signos de deshidratación —añadió Arkaitz.

—Tres días desaparecido. —Max pasaba la mirada de uno a otro forense, acostumbrado a su alternancia a la hora de hablar—. Salió de casa la mañana del jueves, recién duchado y afeitado. Dijo a sus padres que estaría todo el día en la facultad, que cenaría en casa, y ni apareció por la facultad ni volvió a casa ni avisó de su ausencia. Al ver que no llegaba ni respondía al móvil, se temieron lo peor. Denunciaron la desaparición el viernes por la mañana, tras pasar en vilo toda la noche. El sábado comenzamos su búsqueda; hay que esperar veinticuatro horas para dar por desaparecida a una persona.

—Hay padres que conocen mejor a sus hijos que ellos mismos —dijo Arkaitz—. ¿Y las otras dos chicas de las que habla la prensa?

—Ni rastro, de momento. Ellas llevan más tiempo desaparecidas. Entiendo, por lo que decís, que sus captores apenas le alimentaron pero sí le dieron de beber, hasta que se lo cargaron.

—Todo apunta en esa dirección —afirmó Kepa—. Y no presenta señales de tortura.

—Es muy raro —dijo Max, expresando sus dudas en voz alta—. ¿Por qué secuestrar a un estudiante de Químicas, retenerlo y luego matarlo, desnudarlo y dejarlo apoyado en una escultura de un museo al aire libre para que alguien lo descubra?

—¿Estudiante de Químicas?, ¿lo conocías? —preguntó Arkaitz.

—Claro —reconoció Max—. ¿Os acordáis del caso del Asesino de Químicas, hace un año? —Ambos forenses asintieron con la cabeza; más que nunca, uno parecía el doble del otro—. Pues el

chaval era amigo de Leire, la becaria que nos ayudó a descifrar los números.

–Vaya lío –replicó Kepa.

–Murió el domingo, al anochecer –dijo Arkaitz.

–Cierto. La barba de pocos días indica que no pudo morir el mismo día que salió de casa –indicó Kepa–. Prosigue, hermano.

–La hora estimada de la muerte ronda la medianoche, y no murió en el acto, quizá pasó unas horas en estado catatónico hasta que expiró, pero sus asesinos pensaron que ya estaba muerto cuando lo dejaron en la escultura.

–Cierto –volvió a corroborar Kepa–. Aunque presenta signos de rígor mortis, ha desaparecido parte de la rigidez cadavérica; es obvio que está en la fase de resolución, las 36 horas *post mortem*. Hay también algún signo de entumecimiento en las extremidades, de haber pasado vivo parte de la noche donde lo encontrasteis.

–Joder.

–¿No habéis encontrado ninguna pista en el lugar del hallazgo? –preguntó Arkaitz.

–Nada, ni huellas ni muestras. La lluvia hizo un buen trabajo. Ni rastro tampoco de la bala: calibre 38. –Max era capaz de distinguir el calibre con solo ver el orificio de bala.

–Entonces el caso se complica –afirmó Kepa.

–Los mayas arrojaban vivas y desnudas a las víctimas de los sacrificios a los cenotes –dijo Arkaitz–, la mayoría hombres jóvenes, para preservar la vida a través de la muerte, el tránsito entre los dos mundos. La máxima ofrenda a Chaac, el dios de la lluvia.

–¿Y eso qué carajo significa? –preguntó Max.

–Tú lo has dicho antes. La noche del domingo llovió mucho –concluyó Kepa.

Cuando entró en la gran biblioteca de su *aita* ningún recuerdo infantil le vino a la mente. En realidad recordaba poco de su

infancia. Creció entre objetos suntuosos, rodeada de mayordomos y de criadas que le hacían de madre, alejada del afecto familiar: sus padres salían casi todas las noches a galas, cenas glamorosas y reuniones de nuevos ricos. Ni siquiera evocaba un juguete favorito, un osito de peluche a quien abrazarse en las frías noches vascas, no tenía recuerdos de jugar en la calle con un patinete, solo recordaba vagamente una bicicleta rosa, y eso porque se dio un golpe tremendo en la cabeza que le produjo una conmoción que le duró una semana. Pocas veces había penetrado en el santuario del exitoso empresario Zurutuza, y siempre habían acabado discutiendo, así que hoy no esperaba menos. Era raro que quisiera hablar con ella, y más que quisiese hacerlo en la casa de Hondarribia. No era tan tonta como para pensar que su *ama* la esperaba para comer y su *aita* se iba a sentar a la mesa para charlar como viejos amigos. Tras la breve conversación telefónica de París, donde la previno del peligro, tal vez creyendo que ella era la desaparecida y no Cristina, apenas habían vuelto a hablar.

Eneko Zurutuza estaba recostado en aquel sillón que el anticuario que se lo vendió aseguraba que perteneció a Luis XIV. Rodeado de la alfombra persa, los enormes cuadros de batallas y cacerías, la mesilla con la lámpara de siglos pasados, los candelabros sobre la mesa de nogal —solo desentonaba el teléfono inalámbrico—, el *Rey Sol* miraba a su única hija con nostalgia y acritud.

—Gracias por venir —dijo—. Y por venir sin pistola.

—Ajá —dijo Erika, mirando a su espalda, al dintel, que escondía un detector de metales. Lo había olvidado, y en verdad no había traído la USP Compact porque era su día libre y después había quedado con Lucía para comer en el Casco Viejo.

—¿Te quedarás a comer? Estás tan delgada...

—No puedo, estoy de servicio y me esperan en la comisaría.

—Ya —dijo Eneko haciendo aspavientos con una mano—. Trabajo y más trabajo, y no precisamente de mujer. Pero ya hemos discutido bastante sobre eso, ¿verdad? Tu madre se va a llevar un disgusto...